



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

Chile, país de utopías

Marco A. Correa Pérez.

Estudiante de Derecho , Universidad de Chile.

Rancagua, Chile, 2010.

La historiografía nacional ha construido la historia de Chile de una manera poco interpretativa, ceñida a la territorialidad del concepto del Estado-Nación. Bajo este parámetro, el país que conocemos tendría su origen innegable en el Valle Central. Ese sería el lugar escogido, la tierra prometida, el lugar perfecto para establecerse y prosperar. El análisis de Alberto Sepúlveda expresa claramente esta posición:

La importancia de la geografía es un dato que hay que tomar en consideración al analizar tanto la mentalidad internacional de Chile como su evolución política. El Valle Central aparece como una región fértil, de clima mediterránea, bien provisto de lluvias que aumentan a medida en que se avanza hacia el contraste con la situación desértica de las regiones vecinas (...).¹

En palabras más simples, “Santiago es Chile”, o por lo menos lo habría sido.

Sin embargo, este espejismo desaparece al analizar la historia desde una mirada distinta. El historiador Alfredo Jocelyn-Holt ha planteado una “*historia de los sentidos de la historia*”,² en donde el Estado-Nación deja de ser el tronco único en materia histórica, y se instala una pluralidad de ejes que configuran el Chile que hoy conocemos. Bajo este prisma, el Valle Central difícilmente pudo ser el lugar que los colonizadores hubiesen escogido para construir el país; las miradas siempre estuvieron puestas en la Patagonia, donde se configuró una *utopía* que llevó consigo numerosas expediciones y meticolosas investigaciones, todo con tal de alcanzar ese espacio ideal, esa *copia feliz del Edén*. La utopía es, precisamente, uno de los *sentidos de la historia* de Chile, en los términos del profesor Jocelyn-Holt.

¹ Sepúlveda, Alberto. “La formación del estado nacional en Chile”. *En: Quinto centenario*, núm. 7, Madrid, 1984, pág. 129.

² Jocelyn-Holt, Alfredo. *Historia General de Chile. Los césares perdidos*, vol. II, Santiago, pág. 23.



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

En este breve ensayo, nos proponemos explicar la forma en que la utopía se instala en nuestra historia como un sentido de ésta, para de ese modo redefinir este concepto en base a nuestros planteamientos. También pretendemos explicar las características de la utopía en su manifestación chilena, conocida como “La Ciudad de los Césares”, y las implicancias históricas de ésta.

El descubrimiento de América tiene dos consecuencias que atañen directamente a nuestro análisis sobre la utopía en Chile; en primer lugar, la cartografía cometió diversas y lógicas –desde un aspecto meramente técnico– imperfecciones en la manera de describir la geografía del nuevo continente. Muchos de estos errores tuvieron tintes fantásticos, que estimularon el surgimiento de mitos, la mayoría de ellos directamente importados desde Europa, que se localizaron en distintas zonas de América, ya que fueron mutando espacial y temporalmente, tanto por el falseo de la existencia de éstas magníficas ciudadelas, como por la finalización de su búsqueda, aún cuando no se diera por hecho que no eran reales. Sólo por nombrar algunos de éstos mitos, podemos mencionar *El Dorado*, *Las siete ciudades de Cíbola*, *La Sierra de la Plata*, *Los gigantes y pigmeos*, *Los Canibes o Caribes*, entre otros.³

Un segundo factor es, desde luego, el deseo de los españoles de explorar el territorio con fines utilitaristas, como medio para obtener honor, fama, y sobretodo, fortuna. Así surgieron numerosas empresas de conquista, empeñadas en hallar riquezas sin iguales.⁴ Lamentablemente para los españoles, su fortuna en el campo de la navegación fue esquiva; los registros de naufragios en las Indias durante este período son abundantes, existiendo incluso obras completas destinadas a relatar estos acontecimientos, como el *Libro de los infortunios y naufragios* (1535) de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés. Pareciera entonces que el verso del Himno Nacional de Chile, “ese mar que tranquilo te baña”, fuera una ironía sobre nuestro pasado –y por qué no, de nuestro presente y futuro.

El naufragio es una situación paradójica, donde las personas se sitúan en *un no-lugar*, y bajo una temporalidad en suspenso, quebrada por el acontecimiento de naufragio. Pues ahí es donde necesitamos una “salvación irónica”,⁵ bien reflejada en la figura de Don Quijote de la

³ Gandía, Enrique de. *Historia crítica de los mitos de la conquista americana*, Buenos Aires, 1929.

⁴ Fernández, Beatriz. “América, La utopía europea del Renacimiento”. *En: Cuadernos hispanoamericanos*, núm. 529-530, Madrid, 1994, pág. 105.

⁵ Jocelyn-Holt, Alfredo. *Historia General de Chile. Los césares perdidos*, vol. II, Santiago, 2004, pág. 87-91.



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

Mancha; un loco cuerdo, que crea una realidad paralela, a todas luces inexistente, pero que le da sentido a su vida, y que, por lo visto, no le hace mal a nadie. Es en ese momento donde surge la *utopía* como la razón de existencia del náufrago.

La utopía nace, pues, del conjunto de paradojas que hacen del náufrago el personaje irónico, también por excelencia: un golpeado pero no vencido, un ser intranquilo (el sosiego no es posible ni en tierra), pero que no renuncia a la paz y a la felicidad eventuales.⁶

El clásico libro *Utopía* de Tomás Moro, comienza precisamente con un naufragio, lo que probablemente fue una reminiscencia de la situación que acontecía en las nuevas Indias. El escritor Carlos Franz, llega incluso más allá, afirmando que

en el clásico *De optimo reipublicae statu deque nova insula Utopía*, publicado por Tomás Moro en 1516, la evocación americana salta a la vista: la nova insula es descubierta por Hitlodeo, un compañero imaginario del navegante Américo Vespucio (quien incidentalmente podría ser el primer europeo que realmente avistó las costas de la Patagonia).⁷

El náufrago tiene la fuerte esperanza de hallar un lugar (terminando con su paso por el *no-lugar* irónico), como el que Moro retrataba en su novela. Queda atrás de esta manera el sentido que inspiraba a los exploradores antes de naufragar, que era de imitar a los pioneros de la Conquista como Cristóbal Colón o Hernán Cortés, cuyos viajes resultaron victoriosos, llenos de gloria. El triunfo épico que Alonso de Ercilla plasmó en *La Araucana* deja de hacer *sentido* –tanto como sentido de vida como sentido histórico– para los españoles.

⁶ *Ibíd.*, pág. 102.

⁷ Franz, Carlos. “*Ainogatap*, La antiutopía, o el fin del mundo al revés” [2000]. Disponible en Internet: <http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=28499>



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

Ahora bien podemos hacer una definición propia de lo que es la utopía, como la proyección irónica de un *no-lugar* o “falta de lugar” (*nowhere*)⁸ idealizado, que permite al náufrago establecer un sentido de vida, al mismo tiempo que un *sentido de la historia*, para superar su fracaso. ¿Pero dónde estuvo ese *no-lugar* en nuestro país? En la presentación dimos una pincelada de ello: en la Patagonia, en el extremo Sur. Toda utopía se desarrolla en lugares extremos o de acceso difícil, sino éstos sólo serían lugares comunes, no-utópicos, contaminados de la mediocridad humana. Y qué lugar más apartado del Valle Central que la pampa magallánica, considerada por muchos como el verdadero “fin del mundo”, no en sentido geográfico claro está, pues el mundo al ser redondo no tiene un “final”, sino que en términos metafóricos, es decir, mediante la utopía.

Con el correr de los descubrimientos, las conquistas y la sangre, América del Norte y Central se hacen menos míticas que históricas, y la idea europea del fin del mundo debe desplazarse más hacia el sur, surgiendo las utopías australes.⁹

El Estrecho de Magallanes fue desde su descubrimiento un lugar codiciado por los españoles, siendo incluso uno de los motivos que impulsaron a Diego de Almagro a iniciar una expedición hacia Chile, y “descubrirlo”. Pero al contrario de lo utópico que era el Sur, lo que encontró Almagro fue una completa desilusión. De pensar en un Chile lleno de riquezas, plagado de oro – bajo la errada expectativa que fuera tan o más rico que el Perú, se hallaron una tierra desértica, estéril, pobre y con indígenas aguerridos que, hasta el día de hoy, nunca han podido derrotar. En ese sentido, la expedición de Almagro fue el primer *naufragio terrestre* en la historia del país. Y los que vinieron tras él no tuvieron mejor suerte. Es por ello que Jocelyn-Holt habla de Chile como el “*otro Perú que no fue*”,¹⁰ concepto del que volveremos a hablar más adelante.

La utopía austral se inició unos años antes de la llegada de Almagro, en base a dos versiones diferentes. La primera de ellas se remonta a la expedición de Sebastián Caboto,

⁸ Muguerza, Javier. “Razón, utopía y disutopía”. En: *Doxa: Cuadernos de Filosofía del Derecho*, núm. 3, Alicante, 1986, pág. 159.

⁹ Franz, Carlos. “*Ainogatap*, La antiutopía, o el fin del mundo al revés” [2000]. Disponible en Internet: <http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=28499>

¹⁰ Jocelyn-Holt, Alfredo. *Historia General de Chile. Los césares perdidos*, vol. II, Santiago, 2004, pág. 184



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

realizada entre 1526 y 1540, en donde uno de sus lugartenientes, Francisco César, difundirá la noticia de una supuesta ciudad de oro en territorio argentino. La segunda se origina en la frustrada travesía de Simón de Alcazaba de 1535, donde, tras un motín que terminó con la vida de su capitán, varios de sus tripulantes habrían sido abandonados en las actuales costas argentinas.¹¹ Seguramente influenciada o inspirada por Francisco César, la utopía magallánica de una hermosa y fastuosa urbe indígena recibió el nombre de “La Ciudad de los Césares”. Descripciones ficticias de esta utopía del “fin del mundo” abundan en la bibliografía, en donde se relatan, entre otras cosas, que estaba construida “*de plata y oro macizos*”, y que sólo se descubrirá “*al fin del mundo (...) para convencer a los incrédulos que dudaren de su existencia*”.¹² La utopía del fin del mundo sólo se descubriría en el fin del mundo. Hasta la manera de explicar la utopía se vuelve utópica.

Además de la magnificencia con que se describía “La Ciudad de los Césares”, lo más rescatable de esta utopía son precisamente sus naturales, los “indios Césares”. La forma en que son descritos escapa a todo prototipo indígena de nuestro continente, por ser de tez caucásica. Son raros los mitos americanos en que sus protagonistas sean “indígenas” blancos; es más común ver indígenas de tez morena o gente de tez blanca explícitamente europea, como las leyendas de los siete obispos portugueses,¹³ o la que relata la supuesta venida de Santo Tomás a América.¹⁴ Como ejemplo tomamos la descripción que Ciro Bayo realiza de las peculiares características de *los Césares de la Patagonia*, mismo nombre de la obra donde aparece el siguiente extracto:

Los hombres que en ella moraban eran de prócer estatura, blancos y barbados; vestían capas y chambergos con pluma y usaban armas de bruñida plata. Eran además invulnerables y longevos; un reino, en fin, en que la vida se deslizaba feliz y deliciosa. Apellidábanse “Los Césares”, nombre hermosamente poético que lleva en sí aroma de leyenda.¹⁵

No es casualidad que los Césares tuviesen piel blanca, ya que éstos eran los náufragos de los que hablábamos anteriormente; eran esos españoles que sobrevivieron, que encontraron este *no-*

¹¹ *Ibíd.*, pp. 118-119.

¹² Latcham, Ricardo. *La leyenda de los césares: Su origen y evolución*, Santiago, 1929, pág. 246.

¹³ Gandía, Enrique de. *Historia crítica de los mitos de la conquista americana*, Buenos Aires, 1929, pág. 59.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 227.

¹⁵ Bayo, Ciro. *Los césares de la Patagonia. Leyenda áurea del Nuevo Mundo*, Madrid, 1913, pág. 49.



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

lugar y que trascendieron. Se dice que eran longevos, si no inmortales. Los *sentidos de la historia*, como la utopía, siempre están latentes, vivos, aunque no ocupen la primera plana de la coyuntura histórica.

El hecho de que estos indígenas fueran blancos puede tener significaciones insospechadas, como por ejemplo ser el origen utópico de la idiosincrasia chilena. El sentimiento de superioridad que muchas veces los chilenos tienen (o más bien tenemos) con otras naciones, sobretodo con las altiplánicas, la discriminación a nuestros propios pueblos indígenas, y en particular la lucha interminable entre *huincas* y mapuches, pueden ahora tener un real significado u origen gracias al ideal chileno de los Césares. La utopía chilena es de color blanco, no amerindia, ni mestiza, ni negra. No por nada muchos vienen diciendo hace mucho que “somos los *jaguas* de Sudamérica”. El mismo Bayo relata, más adelante en el libro ya citado, una especie de secuela histórica que aún muchos dan por cierta; que la raza blanca triunfó sobre los indígenas:

Pasaron años, y con la pujanza de los pueblos jóvenes, La Argentina y Chile acometieron la conquista del desierto; sus armas victoriosas acorralaron hasta las grietas de los Andes a los indios pampas y araucanos. En nombre de la civilización, el bárbaro fue barrido de la tierra y suplantado por el colono europeo. ¡Se acabaron aquellos hombres-niños que iban de un confín a otro de la Patagonia, contándose nuevas de fantásticas cabalgadas y ciudades de huincas!¹⁶

Ahora sabemos que lo antes mencionado no es verdad, es un “mito falseable”. La Guerra de Arauco terminó con un empate histórico, donde se implantó una coexistencia pacífica entre europeos e “infielos”.¹⁷ Si no que lo digan las comunidades mapuches de hoy, que día a día se enfrentan con las fuerzas públicas en la Araucanía, en una lucha sin final.

Sin embargo, a pesar de la relación un poco hostil que muchas veces tenemos con el pueblo peruano, es gracias a ellos –o más bien a sus antepasados– que tenemos esta utopía. Retomando el concepto que dejamos mencionado atrás, Chile –y su utopía– no son más que un reflejo del Perú, son “el otro Perú” que no fue.¹⁸ Porque, reconozcámoslo o no, la Patagonia

¹⁶ *Ibíd.*, pp. 233-234.

¹⁷ Jocelyn-Holt, Alfredo. *Historia General de Chile. Los césares perdidos*, vol. II, Santiago, 2004, pág. 213.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 184.



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

chilena es bellísima, pero nunca ha sido, ni es, ni será rica como el país incásico. Las visiones de oro en cantidades exorbitantes no son más que una reminiscencia del Perú, tal como lo afirma Enrique de Gandía:

La realidad de la leyenda, es que las “maravillas” vistas u oídas por César y sus compañeros -y que sólo eran una visión esfumada del lejano y autentico Perú- se creyó que perteneciesen a los náufragos que en diversas ocasiones se perdieron para siempre en el Estrecho de Magallanes.¹⁹

Y es así como volvemos al Valle Central, derrotados, pues la utopía se desvanece ante nuestros ojos. Santiago es la “primera y última trinchera”²⁰ de los europeos, que se establecen allí (hasta el día de hoy) por resignación, no por gusto.

Recapitulando, en estas páginas hemos tenido la intención de analizar por qué la utopía es un *sentido de la historia*, tanto de América como de Chile, recogiendo la teoría del profesor Alfredo Jocelyn-Holt en su *Historia General de Chile*. La leyenda de “La Ciudad de los Césares” es la “salvación irónica” de los españoles, quienes sufrieron constantes fracasos durante los siglos XVI y XVII, tanto en sus expediciones marítimas, cuya máxima expresión son los naufragios en el Estrecho de Magallanes, como en sus viajes terrestres, desde Diego de Almagro en adelante.

La figura del náufrago seguirá latente en la historia de Chile, siendo el Teniente Alejandro Bello su ícono en tiempos republicanos. Este postulante a piloto militar se perdió en marzo de 1914, y nunca más se tuvo noticia de él, tal como los náufragos españoles, de cuyo destino se construyeron las más fantásticas historias. Hugo Silva, escritor y periodista chileno, en su primera y única obra, *Pacha Pulai*, enlaza genialmente la desaparición de Alejandro Bello con la de los exploradores perdidos en tierras australes. En esa novela incluso se aprecia el paso de la épica al fracaso, del que hemos hablado en este ensayo.

Y me hizo sonreír con amargura la vanidad presente de aquella hazaña, que quizás me hubiera deslumbrado pocos días antes, cuando la vida tenía un sentido glorioso para mí.²¹

¹⁹ Gandía, Enrique de. *Historia crítica de los mitos de la conquista americana*, Buenos Aires, 1929, pág. 253.

²⁰ Jocelyn-Holt, Alfredo. *Historia General de Chile. Los césares perdidos*, vol. II, Santiago, 2004, pág. 205.



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

Finalmente Bello encuentra la ciudad de “Pacha Pulai”, una réplica de “La Ciudad de los Césares”, pero esta vez ubicada en el Norte chileno, más allá incluso que el Valle Central, en lo que hoy es la región de Antofagasta. Ello resulta claramente una contradicción, si no una ironía, pues el desierto es el símbolo del fracaso español. Es como volver la no-utopía en utopía.

Sin Ciudad de los Césares, y sin Pacha Pulai, ¿nos quedamos sin utopía? No, al contrario, siempre habrá una nueva inspiración. La historia de los pueblos está construida en base al ensayo y error, al proyecto de gobierno y al “contraproyecto”. El británico Alan Angell llegó incluso a plantear que los planes de gobierno existentes en Chile entre 1958 y el régimen militar (1973-1990) –que el historiador Mario Góngora llamó acertadamente el “período de las planificaciones globales”²²– fueron visiones utópicas de Chile (conservadora-tecnócrata con Alessandri, socialdemócrata con Frei, socialista con Allende y neoliberal con Pinochet), en su libro *Chile de Alessandri a Pinochet: en busca de la utopía* (1993). Siguiendo esta lógica, hasta los gobiernos de la Concertación estarían llenos de utopías, bajo consignas como “la alegría ya viene”, “crecer con igualdad” (equidad) o “el Chile del Bicentenario”.

A mi juicio, si bien la utopía sigue haciendo *sentido* en nuestra historia, tampoco debemos exagerar tratando de encasillar cualquier “proyecto país” como tal. Bien lo dijo Carlos Franz, al criticar el iluso “*fundacionalismo utópico*” que predomina en Chile:

Cuando se apodera de nosotros una utopía no la situamos en un lugar distante, o como una meta simbólica, inalcanzable, sino que la imaginamos como una refundación posible a partir de mañana mismo. Porque lo esencial de este utopismo fundacional es que conlleva una incapacidad de aceptar y asumir la gradualidad, la lentitud, la parcialidad de todo proyecto social, su ineficacia relativa. La incapacidad para distinguir entre la Utopía, y el día a día.²³

²¹ Silva, Hugo. *Pacha Pulai: la ciudad de los césares* [1945], Santiago. Disponible en: <http://biblioteca.vitanet.cl/colecciones/800/860/863/pacha.pdf>. pág. 14.

²² Góngora, Mario. *Ensayo histórico sobre la noción de estado en Chile en los siglos XIX y XX* [1986], Santiago, 2006, pág. 280-305.

²³ Franz, Carlos. “El Gran Bailongo” [2002]. Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=28807>



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

Porque la utopía de hoy es básicamente la misma que la de ayer; el fracaso español del atrincherarse en el Valle Central persiste, y aún con mayor fuerza que antes. En este sentido, el ideal de la descentralización puede considerarse como una verdadera utopía, y a la vez como un fracaso. Porque los intentos de integrar al país, de que “Santiago no sea Chile”, no han pasado de ser intentos. Seguimos atrapados entre un desierto no-utópico, y una Araucanía que los mapuches persisten reclamando como en los viejos tiempos. Mientras que el Sur sigue siendo el paraíso reservado para unos pocos, y que la mayoría de los chilenos no tiene el placer –a estas alturas el lujo– de conocer.



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

Bibliografía

- Bayo, Ciro. *Los césares de la Patagonia. Leyenda áurea del Nuevo Mundo*, Madrid, 1913.
- Fernández, Beatriz. “América, La utopía europea del Renacimiento”. *En: Cuadernos hispanoamericanos*, núm. 529-530, Madrid, 1994, páginas 103-114.
- Franz, Carlos. “*Ainogatap*, La antiutopía, o el fin del mundo al revés” [2000]. Disponible en Internet: <http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=28499>
- Franz, Carlos. “El Gran Bailongo” [2002]. Disponible en Internet: <http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=28807>
- Gandía, Enrique de. *Historia crítica de los mitos de la conquista americana*, Buenos Aires, 1929.
- Góngora, Mario. *Ensayo histórico sobre la noción de estado en Chile en los siglos XIX y XX* [1986], Santiago, 2006.
- Jocelyn-Holt, Alfredo. *Historia General de Chile. El retorno de los dioses*, vol. I, Buenos Aires, 2000.
- Jocelyn-Holt, Alfredo. *Historia General de Chile. Los césares perdidos*, vol. II, Santiago, 2004.
- Latcham, Ricardo. *La leyenda de los césares: Su origen y evolución*, Santiago, 1929.
- Muguerra, Javier. “Razón, utopía y disutopía”. *En: Doxa: Cuadernos de Filosofía del Derecho*, núm. 3, Alicante, 1986, páginas 159-190.
- Sepúlveda, Alberto. “La formación del estado nacional en Chile”. *En: Quinto centenario*, núm. 7, Madrid, 1984, páginas 125-140.
- Silva, Hugo. *Pacha Pulai: la ciudad de los césares* [1945], Santiago. Disponible en Internet: <http://biblioteca.vitanet.cl/colecciones/800/860/863/pacha.pdf>